

Un corazón restaurador

NARRADORA: SUSAN BUMAGIN

EN LO TOCANTE A JUAN, NO LE QUEDABA NINGUNA OTRA opción. Como cirujano en un país profundamente atribulado, El Salvador, él sentía que tenía el sagrado deber de curar a los enfermos. Durante largas jornadas, día y noche, trabajaba en el campo, ofreciendo asistencia médica gratuita a los campesinos que desesperadamente necesitaban sus servicios. Por hacer esto fue arrestado por el gobierno.

Los captores del Dr. Juan decían que los campesinos apoyaban a las guerrillas comunistas. Esto les convertía en enemigos del gobierno. Y a ojos de ellos el darle a esta pobre gente el don de la vida convertía al Dr. Juan en un hombre peligroso. Los agentes del gobierno le cortaron las muñecas y le cercenaron los tendones de las manos que le habría permitido realizar las delicadas operaciones de cirugía. Luego le pegaron un tiro y lo dejaron tirado para que muriera.

Casi sin vida, Juan fue sacado de la prisión y del país. Luego de dos cirugías y dos años en México, se dirigió a Estados Unidos, donde recibió asilo político en 1988. Aunque capaz de ofrecer tratamiento médico básico, sus manos nunca más podrían dominar los precisos detalles de la cirugía. Sin embargo, el Dr. Juan estaba determinado a aliviar a su pueblo de los dolores de la guerra.

Fue a vivir a Washington, D.C., en la comunidad de Mount Pleasant, hogar de millares que habían escapado de la guerra sangrienta de El Salvador. Muchos habían sido

víctimas de la tortura; otros habían sido obligados a presenciar cómo mataban a sus seres queridos. El trauma colectivo en este gueto desbordaba la imaginación. El Dr. Juan vio que las heridas físicas, por graves que hubieran sido, palidecían junto a las lesiones espirituales y psicológicas que habían sufrido esas personas.

Como Director Ejecutivo de La Clínica del Pueblo, comenzó a adiestrar a personas desplazadas y sin preparación para que pudieran prestarse servicios básicos de atención sanitaria unos a otros. Cuando comenzó, la clínica sólo abría los martes por la noche. Hoy, más de un centenar de trabajadores voluntarios de tiempo completo atienden a unos 7.000 residentes al año, proporcionándole atención sanitaria gratuita a entre el 60 y el 70 por ciento de la comunidad latina de Washington, D.C. Además de la asistencia médica, los usuarios tienen acceso a servicios de consejería, de manera que pueden comenzar a restaurar sus mentes y almas tanto como sus cuerpos.

Uno de los grandes desafíos al que tuvo que enfrentarse Juan sucedió un día mientras hacía sus rondas en Washington, D.C. Un borracho que pareció reconocerle se le acercó tambaleante. ¡Era el mismo hombre que le había cortado las muñecas inutilizando sus ágiles manos de cirujano para siempre! Era Arturo, del grupo de los torturadores, el mismo que le había dado un tiro y lo había dejado para que muriera.

Juan se quedó petrificado por un momento. Pero luego todo lo que vio en este hombre destrozado fue a un miembro más de su devastada comunidad, en urgente necesidad de recuperación. Miró a Arturo directamente a los ojos y le dijo, «Estoy haciendo el mismo trabajo que hacía antes de

la celda de tortura. Como médico, yo me ofrezco a ayudarte también».

Arturo experimentó ese día una profunda recuperación, y para Juan también fue un momento extraordinario. «Doy gracias por mi capacidad de ayudar a mis torturadores», dice Juan, simplemente. «Puedo perdonarlos y ofrecerles mis servicios. A pesar de haber sufrido, podemos perdonar a nuestros torturadores, para que ellos puedan recuperarse». Y agrega, «Personas como Arturo necesitan un amor especial, necesitan más compasión, y necesitan un sistema democrático como el que existe en EE.UU. para que vuelvan a aprender a ser seres humanos». En cuanto a Arturo, él no sabía si era posible respetar tan profundamente a otro ser humano. Cuando él se encuentra a Juan en la calle, siempre le dice, «¿Cómo está, Doctor?» y su admiración es transparente.

En La Clínica del Pueblo, hay muchos ecos de la antigua comunidad que repercuten en la nueva. En una ocasión, una paciente que venía por primera vez se quedó estupefacta al entrar en el consultorio del médico: «Juan ¿eres tú? Esto debe ser un sueño. Yo pensaba que estabas muerto». Los ojos del Dr. Juan se llenaron de lágrimas. «María Manjivar, no puedo creer que estés viva», dijo él.

Años antes, Juan había conocido a María en el campo arrasado por la guerra en El Salvador. La había adiestrado como su enfermera quirúrgica para que le sacara balas de los cuerpos de parientes y amigos. Ahora, a tantas millas de distancia, volverían a trabajar juntos en la clínica, curando las heridas del espíritu. Y aquellos que han sobrevivido lo impensable encontrarían una fuente de renovación que nunca creyeron posible.

*Cuando el poder del amor venza al amor al poder, entonces habrá
una paz verdadera.*

SRI CHIM MOI

Ofrézcase de voluntario en la clínica gratuita de su localidad y dé el don de la salud. Los profesionales de la medicina y los traductores bilingües que quieran ayudar al Dr. Juan a ofrecer asistencia médica, educación para la salud, salud mental y servicios sociales gratuitos para inmigrantes latinos en **La Clínica del Pueblo**, pueden llamar a Renee Wallis al 202-332-1134 o escribir al 1470 Irving Street NW, Washington, D.C. 20010.